

Nsama abrió el pecho y derramó
aceite de palma sobre los *becu*,
en el bosque llovieron ojos de gacela,
los ungidos frotaron a los *mibili* con este unguento
y en el bosque llovió hiel de golondrina.
La hiel se derramó en el suelo y de su humus nacieron
las voces de este *mvet*:
Un *mibili* en carne blanca de mujer se sube a un barco,
lleva en su seno una pequeña semilla de palmera,
la palmera nacerá entre los *Esakora*, hay que cuidarla, *basé*,
hay que cuidarla, *basé*, para que arraigue.
La madre lleva en su pecho un abá sin palabras,
hay que poblar, *basé*, hay que llenar ese recinto,
el silencio no es bueno para nadie
y menos para una madre, hay que congregar
a los espíritus para que se cobijen en esa casa silenciosa.
Una pantera con una espina clavada en la zampa
es el mayor peligro de la tierna palmera.
No dejéis que la fiera se cuele en el cercado,
no dejéis que la fiera arranque de cuajo las raicitas...
tened siempre el fuego encendido, *basé*,
y así la llama derramará su protección
al corazón de la palmera.

1947

Meküa mboka, me nanga mboka:

He abandonado mi morada y a mi morada he regresado.

Martes, febrero.

Aún no sabe que está embarazada, tardará aún varias semanas en tener la certeza; tímida, incrédula ante el prodigio, quizá le preguntará a Aquilina, una de las pocas blancas, madre oronda de seis hijos, y vecina amable en este pueblo naciente, se saludan los domingos al salir de misa, entre semana no se ven; ella apenas sale, se asoma, como mucho, al porticado, a ver caer la tarde.

Su timidez aún no le ha permitido hacer demasiadas amistades. En realidad, no ha cogido confianza con nadie, se acuerda mucho de su hermana Liduvina, a ella sí le habría ya puesto al corriente de sus barruntos, no me ha venido el período. Casi una niña, se le cortó una vez la regla, cuando lo de padre, y su hermana, la muy bruta, le dijo que a ver si es que estaba embarazada.

Hoy es la primera vez, así, con claridad, en estos tres

meses, que se ha levantado triste, con una nube de algodón en el estómago, triste como el cielo plomizo a punto de descargar, triste como los días que se suceden monótonos y aburridos, triste como el miedo leve y tenso que constantemente siente, ante la presencia de los negros, de punta en blanco siempre, modositos, sentados en los bancos de atrás de la iglesia; en su pueblo, la costumbre es que los varones se coloquen a la izquierda y las mujeres a la derecha, aquí ellos delante y los nativos detrás; desazón también, desde su llegada, ante la cara de ansiedad y fatiga de los blancos, ante el gesto de desvalimiento de los perrillos sin dueño que vagan por las calles a la vera del río, ante los niños que juegan semidesnudos por las calles, o el gesto, para ella hosco, distante, de las otras mujeres: le parecen tan seguras, tan asentadas, tan hechas al lugar, todas unas señoras, con esos acentos capitalinos y aristocráticos, gentes de cuna y hacienda, no como ella, semianalfabeta, pueblerina y recién llegada. La única que no la mira rara es la maestra, la señorita Paloma, que tiene un acento aún más paleta y pueblerino que el suyo, pero como no va a misa los domingos, como nunca para en casa, como ha oído ya tantas historias sobre ella.

Una tromba de agua se desploma sobre el pueblo, su estruendo desborda el cauce del río y golpea sobre el techado de cinc de la vivienda. Son casi las nueve y está sola en casa, Juan hace ya tiempo que salió a trabajar en el bosque, hoy no vendrá hasta el anochecer, tiene que pensar en su comida, qué pereza, podía aprovechar para aceptar por fin la invitación a almorzar con Aquilina, así le comentaría lo de su falta mensual, a ver si ella le sabe decir algo. Aquilina le cae bien, será porque es más bien tirando a gorda, tiene cara de oca y al sonreír le

brillan sus ojillos pequeños detrás de las lentes. Siempre, desde el primer día que llegaron, se ha mostrado muy amable con ella, bienvenida, ya verás que aquí no se vive mal, lo peor es el clima, pero a todo se acostumbra una, dicen que en la isla es terrible, más humedad, una pesadez y un calor insoportables, aquí en cambio mira qué cielo limpio, y a veces corre brisa; no te olvides de poner el mosquitero y cuidado con unos muy pequeñitos que salen al atardecer a la vera del río, te acribillan y ni los sientes cuando pican, lo mejor es que vayas siempre con manga larga.

Pero no, hoy tampoco irá a almorzar con ella, su marido trabaja también en el aserradero, debe de ser uno de los jefazos, nunca come en casa a mediodía, para vigilar el trabajo de los morenos, por lo visto, y porque no saben hacer otra cosa, los hombres. Trabajar.

Salvo el señor Pinedo y el marido de Aquilina, dueños de la concesión, los demás peces gordos de la madera viven en la capital, en preciosas mansiones al borde del mar, esto lo visitan de pascuas a ramos, delegando toda la responsabilidad en ellos; el tercer blanco es Juan, luego hay un par de chicos jóvenes, solteros, que trabajan a destajo, como mulos, con los que nunca ha hablado ni media palabra y que tampoco vienen nunca a misa. En la maestra es más raro, que no vaya a la iglesia, pero Alene dice que es muy buena persona y que sus niños están encantados de ir a la escuela con la seño blanca.

Pero hoy se ha levantado con un no sé qué de desgana, mejor hacerse cualquier cosa, un poco de arroz blanco con un plátano frito, y esperar a que regrese Juan por la noche.

“No sé por qué te empeñas en cocinar, si tienes aquí a una muchacha para eso”, le reprocha él cuando la ve afanada en las

labores de la casa. Sólo que a ella le gusta la cocina, y, además, si no mata un poco así el tiempo, entonces, ¿qué? Salvo la misa los domingos no ha encontrado aún ninguna otra obligación que la de esperar en el porche de madera, bajo la lluvia, la llegada de su esposo.

Nunca había visto llover así, ni en las peores tormentas del verano, aquí el cielo se derrumba en un ensordecedor bramido que no deja hacer otra cosa que aguardar a que escampe.

Le gusta mirar la lluvia, desde niña, detrás de la ventana de su cuarto. Cuando estaban aún juntos los cinco hermanos, su padre era alcalde y ella aprendía las letras en la escuelita, de eso no hace tanto, apenas diez años, aunque parecen de otra vida, de un sueño intenso y largo, pero que cuesta recordar luego en la vigilia; ahora la existencia se ha transformado en este torrente que se derrama cielo abajo, en este malestar en la boca del estómago, en esta sensación de ver la vida pasar desde un borde del camino, en la alegría tenue de saberse querida por un hombre bueno y trabajador, en la vaga melancolía, rumor sordo más que punzada, por los hermanos, tan lejos, a miles de kilómetros de este bosque espeso y extraño. Incomprensible.

Huele a lluvia, a vegetación, no es el barro mojado del pueblo, es una fragancia más dulce, untuosa, a aceite de palma; luego, cuando el cielo se desboca, ya no deja oler a nada, ya sólo la pared de ruido y fragor y la espera de que amaine. Cuando el infierno cesa, Alene limpia los alrededores de la casa con una escobilla de melongo, el agua ha dejado un pocillo grumoso de barro y polvo que conviene hacer desaparecer por el desagüe, antes de que lo enlode todo y se seque. El sol que asoma hace rebrillar las gotas de lluvia en los cristales, el agua se desliza en

torrentera por los arceles y se cuele por los conductos de plomo.

En el pueblo no hay aún cañerías, ni agua corriente; en casa se valen del pozo y en verano, cuando se seca, hay que ir con cántaros a la fuente. Aquí, en cambio, les dijeron, abres un grifo y una agua tibia y oscura mana sobre un lavabo blanco de cerámica. Y es verdad. No hay jofainas, ni lebrillos, ni tinajas para lavarse, hay ducha e inodoro en vez de un basurero en el corral donde evacuar los orinales.

La calle embarrada ofrece ante la luz creciente una intermitencia de reflejos y brillos en los charcos sobre los que refulge un cielo, en este instante, tan intenso y azul que a Erenia le trae el recuerdo de las tormentas estivales en su pueblo. Como le faltan palabras para asumir y nombrar el misterio denso y germinativo que la rodea, animal de clorofila que por todas partes la envuelve, se aferra, como un niño cohibido que se agarra a las faldas de su madre, a los pocos elementos que se dejen confrontar con su experiencia previa.

Ni tan siquiera su vida nueva de casada es comparable a otra cosa que no sea el color rosáceo de las mejillas de su hermana cuando le confesó que estaba embarazada. Liduvina se casó hace cuatro años y ya tiene tres hijos; cuando sepa seguro que está en estado la echará especialmente de menos. El día que le dijo que se iba a venir con Juan a trabajar a estas tierras, su hermana, encinta del pequeño, estaba amasando el morcajo en una artesa. No supo qué decir, ni cómo reaccionar; apenas una inquietud, será peligroso, dónde vas tan lejos, poco más; hay en la familia una gran impotencia para expresar los sentimientos, es como un analfabetismo del alma, nadie les ha enseñado a manifestar emociones y estas rebotan en un hondo pozo negro y

allí se abisman hacia las simas de los sueños y los miedos de la vigilia en duermevela.

Lunes, febrero.

Querida hermana Liduvina,

espero que estéis bien al recibo de la presente, nosotros estamos bien, G.A.D.

Tienes toda la razón y te prometo escribir más a menudo. Las primeras semanas hemos estado muy ocupados Juan y yo con las pequeñas complicaciones de nuestra nueva vida y te he tenido abandonada, te prometo que de ahora en adelante no va a ser así. Lluve mucho aquí en Valladolid, el pueblo es muy pequeño, mucho más chico que el nuestro, y está rodeado de selva espesa y altísima por todas partes, hay un río muy bonito y muy ancho, el Bimbile, ni comparación con el nuestro, un simple arroyuelo al lado de esta inmensidad, por el que se transporta la madera. El problema son las carreteras, que no hay, pero dice Juan que ya están en ello las autoridades y que pronto harán una pista en condiciones, ahora es prácticamente un senderucho entre los árboles. Eso hace que el pueblo, salvo por agua, esté casi incomunicado.

Yo no me he movido desde que llegamos, ocupada en montar la casa, y con la novedad de tantas cosas que te he ido contando, de comidas y cachivaches y horarios y clima; Juan, en cambio, ha viajado ya bastante, forma parte de su tarea, está muy contento con el trabajo, es como una especie de capataz de los negros en

la explotación, me ha dicho que me va a llevar una madrugada con los ojeadores a ver marcar y talar algún árbol, dice que es una experiencia muy interesante, y que impresiona ver abatir un monstruo de treinta metros de alto y dos de diámetro; a mí me da un poco de miedo internarme en el bosque, aunque la verdad es que aún no he visto ningún animal de esos por los que me preguntas, va a parecer que no he venido a África pero es la verdad, ni serpientes, ni monos, ni cocodrilos, ni nada. Vivos, me refiero.

Lo que sí hay que tener es mucho cuidado con los mosquitos, porque pueden transmitir unas fiebres, tomamos todos los días una dosis de quinina, aquí los veteranos lo llaman “pan de África” o “perlas de Guinea” y con eso evitamos que si nos pica alguno infectado nos dé el paludismo; el señor Pinedo no toma, dice que a él no le pican las mosquitas porque se envenenarían con su sangre, que sólo se ceban con los recién llegados. Está siempre con cosas así el señor Pinedo.

La iglesia no es muy bonita, y bien pequeña, somos tan pocos, es de bambú y con techado de hojas de palmera, un poco provisional, está construida sobre un claro al lado del río, hay mucha humedad y hace siempre calor dentro. El cura se llama Ángel, el padre Ángel, lleva sotana blanca, y no es muy simpático que digamos, es algo mayor que don José María, y lleva aquí desde antes de la guerra, no aquí en Valladolid, que casi ni existía, esto eran cuatro chozas, me refiero en la Colonia. Y también hay varias monjas misioneras del Sagrado Corazón que atienden el dispensario, hay muchas por lo visto trabajando en la leprosería que se ha abierto a unos cien kilómetros al norte de aquí, ahora no me acuerdo del nombre, es que son todos raros

y no se me quedan. Los demás del pueblo ya los conoces, que te he hablado de ellos. La Alene es muy buena chica, muy limpia y hacendosa.

Estamos muy bien. Juan llega por las noches muy cansado, pero se le ve contento.

Ya no sé qué más contarte. Escíbeme pronto, ¿qué tal la candelaria este año? La eché de menos el otro día, aquí no hay costumbre y no se encienden hogueras (¡a ver cómo en medio del aguacero!), me di cuenta de la fiesta de milagro, porque se me ocurrió pasar las hojas del almanaque del Mensajero que me enviaste. Me acuerdo de crías cuando íbamos con otros zagalejos con las bolsitas de sal reventando las luminarias, ¡hay que ver! Confieso que eché en falta una noche así, en la puerta de casa, a tu lado, oyendo el crepitar de nuestra hoguera, junto a mis sobrinos; cuéntame de ellos y dales muchos besos.

Se despide tu hermana que no te olvida.

Domingo, marzo.

El misal, el velo, las medias, el inevitable paraguas, un grupo de hombres vestidos con saharianas, alguno tocado de sombrero de paja, la mayoría con el casi reglamentario salacot, casi todos fuman tabaco americano en la explanada rojiza; los domingos, Juan y ella asisten a la misa en la parroquia, esperan en el “atrio” a que comience, los negros ya están dentro, entonando cánticos en pamue y golpeando rítmicamente los timbales y las “tumbas” de madera hueca; hay una humedad asfixiante y prefiere apurar

aquí fuera el poco aire del espacio abierto, mientras el cura se reviste; le molestan las medias, el velo no le importa. Juan charla con otros vecinos, fuman y vociferan. Ya se acerca el padre Ángel al altar, incoa en latín la salutación de ingreso, responden todos, mecánicamente, *al Dios que alegra mi juventud*. Un chamizo de bambú y techo de nipa, que durante la semana hace las veces de escuela pública, sirve de templo provisional, hasta que se construya la iglesia definitiva, ya en obras.

Erenia querría saber por qué hay que ir a misa, la maestra por ejemplo no viene casi nunca, nunca más bien, y todas las demás la critican y la miran por encima del hombro; de los hombres que no asisten, en cambio, nadie dice ni media, pero hay que ver las cosas que deslizan sobre ella, que si tal y que si cuál, que si la han visto con éste y con el otro. Aquí en Valladolid no hay mucho de qué hablar y todos se conocen, son tan poquitos.

Ni cree ni deja de creer, más bien cree, todos lo hacen, pero nunca se le ha explicado nada, haz esto, arrodíllate, abre la boca, di amén, casi como en casa, lava estas mudas, échale pienso a los pollos, friega la escalera, eso es más fácil, si no alimentas a las gallinas se mueren, hay que tener la casa limpia, pero no entiende por qué los domingos se debe ir a misa, o de repente se reza el rosario, o es Semana Santa y hay que hacer ayuno y abstinencia, o hay que acudir a la novena; lo hace como todas las demás muchachas del pueblo, porque va todo el mundo, sin rechistar, pero querría saber por qué son así las cosas.

Si viviera padre se lo explicaría, al menos enarcaría las cejas con escepticismo, sé buena persona y piensa en lo mejor para todos, no sólo para ti, y deja que la gente crea en lo que quiera con tal de que no lo impongan a la fuerza, le diría, como de niña,

cuando la subía en sus rodillas; tenía fama de poco religioso, es verdad que nunca iba a la iglesia, pero respetaba profundamente que madre lo hiciera. A ellas les decía de pequeñas, cuando hicieron la primera comunión, que Dios no es un nombre, y menos un señor con barbas y cara de enfado, dispuesto a castigarte si comes algo un minuto después de medianoche o masticas sin querer la hostia en el paladar, que era una estrellita de luz en el corazón que se iluminaba cuando buscábamos el bien para todos y no sólo para unos cuantos. Si no estuviera muerto, podría hablar con él de muchas cosas, de los chismes que oye aquí, de tapadillo, y que la llenan de inquietud y la retraen aún más, la repliegan al silencio de su casita vacía; con Juan no se atreve, Juan es un hombre bueno y emprendedor para sus negocios, pero se amolda a las circunstancias, “ahora manda Franco, Erenia, que no se nos olvide”, y con esa frase categórica y la declaración firmada de inquebrantable adhesión al Régimen, sin la que no habrían podido emigrar a estas tierras, da por sentado un montón de corolarios, entre otros el de no hacer preguntas. Pero ella necesita que alguien le enseñe.

Ite, missa est. Y más cantos y frenesí de tam tam. En la iglesia están casi todos los del pueblo, todos los blancos, Aquilina, Montse, la mujer del ingeniero, doña María y ella, más las monjitas del dispensario, sólo falta la maestra, rondará los treinta años, y es la única soltera de Valladolid. A veces asiste también el teniente de la Guardia Colonial de Micomeseng, la capital del distrito, de paso por aquí; dicen que están a punto de traer aquí un destacamento, en cuanto que abran una pista algo más transitable; el marido de la catalana es quien está levantando los planos, pero son sólo rumores, lo del destacamento, no lo

de la pista, de los muchos que le cuenta Juan por las noches a propósito del rápido progreso de la comarca de Los Bimbiles. Esto es una mina de oro, dice su marido que dice siempre el señor Pinedo, es la zona más poblada del continente y la más rica, lo que pasa es que estamos aislados.

Miércoles, marzo.

Ya sabe que está embarazada, sale del dispensario, viene de hacerse las pruebas. Está contenta, y no tiene inquietud alguna. En la aldea hay bastantes niños blancos pequeños, los seis de Aquilina, los dos de Montse, la catalana, no le da miedo criar aquí al suyo, no piensa en eso. Ayer se lo dijo a Juan, creo que estoy encinta, mañana me hago los análisis para confirmarlo, pero es casi seguro, él tampoco es muy expresivo y no pudo o supo manifestar ningún sentimiento, pero luego en la cama la abrazó muy emocionado y casi daba la impresión de que querría haber llorado en su pecho. Un buen hombre.

Ahora su cuerpo es, de nuevo, un hogar, una casa a la que se le ha adosado un pequeño cubil para su niño. De niña jugaba mucho, cuando se quedaba sola, a ver su cuerpo como una casita de muñecas, lo construía con mucho mimo y detalle; en la cabeza colocaba dos grandes claraboyas desde las que sus muñecas, que representaban a su hermana Lidu y ella, veían caer la lluvia, sus cabellos hacían las veces de tejado, y un quiriqui que en ocasiones le dejaba su madre en la coronilla servía como chimenea.